

ROSSANA ORLANDI

LA 'MAMMA' GAFAPASTA

Tiene tan buen olfato que en el mundillo la llaman la Yoda del diseño. Coleccionistas y galeristas acuden a ella en busca de consejos sofisticados, pero Rossana es pragmática, simple y certera. Solo trabaja con gente a la que quiere. Eso es autoestima. Por Xavi Sancho Foto: Andrea Santolaya

Cuenta la leyenda que Rossana Orlandi, la gran dama del diseño italiano, tras seis meses casada (su marido ya ha fallecido) un día ella le preguntó cuál era su nombre. "Y aún le amo", le comentaba el año pasado a un reportero de la revista *Surface*, a quien durante la entrevista le había consultado hasta cuatro veces su nombre de pila. Podría deducirse que Orlandi es una señora que está mayor (este año cumple 74), aunque vista su hiperactividad durante la última década y media y lo cuidado de aspecto, lo más correcto tal vez sería asumir que esta señora, en el tiempo en el que tú memorizas un nombre, ha descubierto tres nuevos diseñadores, ha revolucionado la escena del diseño milanesa, ha abierto una galería temporal en Porto Cervo, Cerdeña, para solaz de ricos y famosos, y se ha hecho media docena de fotos con otros tantos modelos de gafas distintos. Obviamente, en su lista de prioridades no está saber cómo usted se llama. No sea absurdo.

Esta italiana se hizo un nombre en la industria de la moda, en la que trabajó durante más de dos décadas como consultora. Colaboró con Armani o Donna Karan, hasta lograr que la revista *Elle* la incluyera en la lista de las 100 personas más importantes del mundo de la moda. Entonces, cuando la mayoría de los mortales ya pensamos en retirarnos y en lo felices que seríamos haciéndonos viejos en Porto Cervo, ella decidió darle un giro a su carrera profesional. Aprovechando los contactos y el conocimiento adquirido durante décadas viajando por todo el planeta y codeándose con las gentes que hacen cosas, con los que las venden, e incluso, con quienes las copian, Orlandi en 2002 convirtió una abandonada fábrica de corbatas en la milanesa Via Bandello en un templo del diseño. Bajo su ala acogió a un nutrido grupo de jóvenes creadores procedentes de medio mundo. Entre ellos, gente hoy tan celebrada como Tom Dixon o Marcel Wanders. "Cuando veo algo que me gusta no pienso jamás en por qué. La única palabra que puedo utilizar para describirlo es emoción. Es como si sonara una campana dentro de mí", ha comentado Orlandi al respecto de esa intuición única.

En menos que tú tardas en descubrir cómo sentarte en una silla de diseño, ella se había convertido en la galerista cuyo stand despertaba más interés en el Salone del Mobile de Milán (este año

se celebró entre el 17 y el 22 de abril), una feria anual en la que se congregan los profesionales del sector. Su presencia en la feria, desde su ruidosa y colorida irrupción, siempre se ha basado en un espacio epatante, casi mágico, en el que los límites entre arte, moda y diseño se rompen para convertirse en una especie de todo que solo puede cobijarse bajo el paraguas de esa palabra tan poco concreta como socorrida que es "creación". En cambio, su visión de lo que esta y otras ferias significan hoy para el diseño y, cjem, la creación, es mucho más prosaica. "Las ferias son importantes porque nos permiten centrarnos en lo nuevo. Para las galerías es bueno porque les permite conectar con la parte más comprometida de sus clientes". No por nada, pues,

Orlandi es conocida como la Yoda del mundo del diseño, y no solo porque su inglés sea casi tan peculiar como su aspecto, sino porque ha logrado ser la persona a la que diseñadores, medios y compradores acuden con dudas sofisticadas y salen con consejos simples pero certeros. "Es como una madre para todos los diseñadores. Pone cuerpo y alma en todos estos bellos objetos y solo trabaja con gente a la que quiere", ha dicho de ella el diseñador holandés Maarten Baas.

"Mi infancia fue muy aburrida", recordaba recientemente Orlandi. Nacida y criada en un pueblo llamado Cassano Magnago, situado a unos 40 kilómetros al noroeste de Milán, la joven y extremadamente tímida Rossana soñaba con mudarse a esa gran ciudad que al final terminaría, no solo habitando, sino conquistando. Todo cambió para ella cuando su hermana mayor, Susy, empezó a trabajar en el mundo de la moda colaborando con diseñadores como Karl Lagerfeld o Yves Saint Laurent. A través de la vida de su hermana, Orlandi empezó a diseñar la suya propia. Llegó a ver trabajar a Coco Chanel en su estudio parisino. "Es la mujer más bella que he visto en mi vida", ha comentado la italiana, quien a pesar de tener a sus pies a toda una industria, jamás ha sentido la tentación de considerarse ella misma artista. "Soy solo una mujer con buen olfato, una

galerista que tiene algo así como un sexto sentido para descubrir nuevos creadores. Y sobre todo, lo que no soy es una *trendsetter*, odio esa palabra y no entiendo ese concepto". ✪

Esta pieza se ha escrito con el autor sentado en una silla que debería estar en la consulta de un dentista, tecleando sobre una mesa cuyo color provoca estrabismo y con la pantalla del ordenador elevada sobre tres libros de Stephen King con el fin de que quede a la altura de los ojos. Sonaba el nuevo disco de Eels en unos auriculares imposibles de sujetar en la oreja izquierda.

DATOS ÚTILES (O NO)

- El artista preferido de Rossana Orlandi es Leonardo da Vinci.
- La italiana recuerda con especial cariño cuando exhibió por primera vez la obra de Nacho Carbonell. Ese día se presentó en la galería Brad Pitt y compró todas las piezas.
- En la actualidad representa a más de 50 firmas y artistas.
- Fue consultora de Kenzo, Issey Miyake y Giorgio Armani, con quien la une una duradera amistad.



Rossana es diminuta y excéntrica. Siempre va oculta tras sus enormes gafas blancas que, por supuesto, puedes adquirir en su galería de Via Bandello.